

EL ALQUIMISTA

Tressotas

Jorge J. Codina Ripoll

Mire, señor alguacil, lo que me aconteció es de esas historias que desafían el buen pensar y parecen sacadas de las fábulas más increíbles de antaño. Atilio de Alboroto (vaya a saber si así se llamaba en verdad el malnacido), un alquimista, cuyos cabellos revueltos, grises y dos ojos chispeantes como brasas delataban su más que dudosa cuna, decidió convertir mi modesta tahona en guarida para sus desquiciados experimentos. Todo esto ocurrió unos días antes de la bulliciosa boda de don Ordoño y doña Urraca.

Aquel hombre, con mentiras, me convenció; y obtuvo de mi bondad alojamiento en un cuartucho de la planta alta de mi tahona. Desde allí, a escondidas, se entregó por completo a la alquimia en su laboratorio clandestino, con la esperanza de desentrañar los secretos más oscuros de los elementos, mezclando hierbas místicas, esencias raras y polvos de todos los colores. Atilio, convencido de haber destilado el tan anhelado elixir del amor, lo bautizó con el pomposo nombre de «Elixir de Leonia».

Aprovechándose de las risas y el júbilo por la magnífica boda que embriagaban las calles de León, Atilio, con su peculiar verborrea, se aventuró a vender su misteriosa poción en medio de la barahúnda festiva previa al desposorio. Proclamaba a los cuatro vientos que aquel que la bebiera se sumiría en un amor eterno e inquebrantable. La noticia se esparció como aventada. La gente, ávida de romances trascendentales, se agolpó para adquirir tan insólito elixir. Pero les hizo el de Alboroto advertencia de que deberían esperar hasta que las campanas de Santa María repicasen tras el casamiento de los nobles señores.

El día de la boda llegó, la ciudad se llenó de jarana y música, pero lo más extraordinario acaeció fuera de la catedral. Al salir los novios bajo el pórtico, tocaron las campanas y empinaron sus frascos de elixir las confiadas gentes.

Aconteció que parejas de enamorados brotaban de la nada, como si el suelo mismo exhalara vapores de amor. Se declaraban con una alegría contagiosa, con miradas ardientes y gestos románticos. Los abrazos adquirían una jovialidad digna de las mejores celebraciones, mezclados de jolgorio y ternura, como

si el elixir hubiera convertido sus cuerpos en imanes de felicidad. Algunos, en un arranque romántico sin igual, intentaban dar volteretas juntos, como si el éxtasis del amor los hubiera contagiado de una ligereza insólita. Las lágrimas, en lugar de brotar por tristeza, se transformaban en lágrimas de dicha desbordante. Cualquier palabra, por insignificante que fuera, desencadenaba un flujo de emociones agradables...

¡Ay! Mas cuando el Elixir de Leonia reveló su verdadera naturaleza, ya me hallaba yo lejos. Había salido corriendo hacia la tahona, en busca de algún frasco que mi huésped hubiera olvidado.

Yo también tomé esa poción pensando que me iba a llenar de romanticismo, pero lo único que hizo fue convertirme en una fuerza de la naturaleza. El Elixir de Leonia no era la fórmula del amor eterno, sino un pecaminoso brebaje que desencadenaba instintos carnales desenfrenados, calenturas incontrolables y una ardiente en zonas pudendas que ni mi horno alcanzaría ni con cien carros de leña; como vuestra señoría bien conocerá por los muchos tumultos y otros testimonios.

Ni bien entró a la casa, a mi pobre marido lo agarré como si fuera un saco de centeno y... bueno, ya se imagina vuecelencia. Estábamos en pleno acto marital cuando, de repente, él se quedó ahí, víctima de mi furor, tieso como una vara... y la vara tiesa. Muerto en plena faena, ¿se lo puede creer vuestra señoría?

Ahí lo tenía, al pobre Juan, sin vida y con cara de sorpresa. ¡Menuda forma de pasar a la eternidad, enharinado y envarado! Claro, después supe que a otras parejas les pasó algo parecido. Aquel elixir no era amor, sino una locura que nos poseía como demonios.

Ese alquimista, Atilio de Alboroto, desapareció más rápido que una hogaza recién salida del horno. Ha dejado tras de sí un rastro de viudas y viudos que no saben si llorar o reír. Así que aquí me tiene, contándole mi desventura entre masas y harina, mientras me pregunto si fue el amor o la pócima maldita lo que se llevó a mi pobre Juan. La vida y el amor, ya ve, señor alguacil, es como un pan, que a veces cocemos en demasía y se nos quema y endurece sin razón aparente.